

# MISERERE

Gabriel Valdovinos Vázquez



# Capítulo 1

## MISERERE

### ***Gabriel Valdovinos Vázquez***

Un martes entró a la iglesia. A sus espaldas, el sol preparaba ya un mullido lecho de nubes, para reclinarsse sobre las colinas del horizonte que, con sus tonos rojizos y violáceos, veía fenecer el día y recibir el cobijo de un manto titilante de plateados fulgores.

Un martes entró a la iglesia. Frente a él, cual reflejo del paisaje a sus espaldas, los últimos destellos del atardecer se filtraban por los poros multicolores de los vitrales, enmarcados por los góticos ventanales de aquel sacro recinto. Las penumbras empezaban a invadir algunas áreas del imponente aposento.

Esa dicotomía de luces y sombras, conjugados con la artística disposición de los ventanales, aunada a las inquietas luces de algunos candelabros, generaban un ambiente místico y acogedor.

De alguna parte emanaban, cual angelical murmullo, las acariciantes voces de un coro que entonaba con solemnidad el Miserere de Mozart.

Un martes entró a la iglesia. Y al igual que el humilde publicano, fundió su nada en el rincón más oscuro y apartado; sabiendo que, con sólo dar un paso dentro de aquel sublime ambiente, su espíritu todo sería invadido por confortante quietud, alivio y esperanza.

Su agobiado cuerpo cayó de hinojos, ya por el agotamiento físico y emocional que desde hacía tiempo cargaba sobre sí; ya por la angustia, el vacío y desasosiego espiritual que lo estaba llevando al límite de la desesperación.

Su alma también se desplomó, en parte por los mismos motivos, y en parte, suplicante de un minuto de solaz, de una chispa de ilusión, del leve roce de una caricia espiritual que lo sacara, aunque sea por un instante de ese abismo que lo atormentaba.

Un martes entró a la iglesia. Su mente y sus labios no fueron capaces de articular súplica alguna. Su sola presencia era la expresión misma de la más sincera deprecación, del más urgente ruego, de la más estremecedora oración que clamaba al infinito: "*...¿lama sabactani?*" "*...¿por qué me has abandonado?*"

Si cualquier humano corazón se conmueve ante tan doliente escena, no podría esperarse menos de quien es la Fuente de la suma compasión. Y

ante aquella pobre alma al extremo atribulada y con gran dolor postrada, vinieron los penitenciales versos de David; la humildad que vertía cada palabra, amainaba la hoguera agobiante de la desesperación y hacía más llevadera la pena, a la vez que propiciaba el auxilio solicitado.

Fue transportado a la cruenta noche en que el Doliente de los Olivos, postrado como él, se estremecía, temblaba y sangraba; sólo que Aquél era víctima inocente de tales sufrimientos. Y él, como el Salmista, sufrían los desconsuelos que la ingrata naturaleza humana les generaba.

La ferviente entonación del antiquísimo Salmo movió sus sentimientos, de la conmiseración, a una portentosa manifestación de compasión por el dolor que abrazaba al Ser Supremo humanado. Convirtió en terrible oprobio el propio dolor, al ver el daño que infringía su inconsciente proceder en quien es la Inocencia Pura.

Era un vertiginoso torbellino de sensaciones y emociones las que dejaba caer la Sabiduría Infinita sobre aquel venturoso despojo humano que un martes entró a la iglesia. A la par que le mostraba de manera por demás reveladora la Sacra Vía del Varón de Dolores, en el rincón de aquel apacible refugio, en el que un alma imploraba piedad en penitente actitud, sintiéndose inflamada de amor y de dolor ante las consecuencias de su desagradecido proceder.

La visión de las escenas de su vida, en que el egoísmo, la soberbia y la falta de piedad lo habían apartado de la virtud y hundido en las fangosas arenas de los excesos y la falta de caridad fraterna, pasaban por su memoria mientras recitaba el Salmo 50 y acompañaba al Inocente Mártir en su sangriento peregrinar hacia el Gólgota, escenario de la vergüenza y humana ingratitud.

Era tan suave el yugo, que no alcanzaba a comprender cómo fue capaz de prescindir en sus cotidianas prácticas del código Mesiano que prescribe el amor al prójimo como genuina manifestación del amor a Dios, y como fórmula infalible para obtener al ciento por uno la eterna felicidad.

*"Cor contritum et humiliatum Deus non dispicias..."* "un corazón contrito y humillado, Dios, tú no lo desprecias..." entonaba el coro y repetían sus exhaustos labios, cuando la Divinidad Agonizante, en una muestra de inefable amor, quiso consolarlo con las alentadoras palabras que escuchó el Buen Ladrón en el Calvario: *"...hodie mecum eris in Paradiso."* "...hoy estarás conmigo en el Paraíso."

Después de tan doloroso recorrido y sincera remisión, escuchar esa promesa fue un bálsamo que curó de manera sobrenatural todos sus tormentos. En ese momento, cual impelido por un *"Consummatum est"*, el coro calló sus voces y aquel tabernáculo se sumergió en el silencio y la

penumbra total.

De pronto, se escuchó el sonoro mensaje de la trompeta apocalíptica que anunciaba el arribo del Rey del Universo en todo su esplendor.

Con las primeras luces del alba, sonaron las campanas llamando a Laudes. El Señor Cura, pronunciaba esa frase que era a la vez sentencia y profecía: "*...quia pulvis es, et in pulverem reverteris*" "...que polvo eres, y al polvo has de retornar", mientras con óleo y ceniza marcaba la frente del cuerpo inerte de un hombre que un martes entró a la iglesia.